

LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉPOCA.

CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

NÚMERO 2.º—15 DE AGOSTO DE 1876.

SUMARIO DEL PRESENTE NÚMERO.

Noticias para la historia de nuestra métrica. Sobre una nueva especie de versos castellanos, por D. M. Menéndez y Pelayo.—*Al señor D. Juan Valera*, por D. Gumersindo Laverde.—*La Montañesa*, por D. Amós de Escalante.—*La Maldición*, traducción de Victor Hugo, por D. Adolfo de la Fuente.—TIPOS TRASHUMANTES.—I.—*Las de Cascajares*.—II.—*Los de Becerril*, por D. José M.^a de Pereda.—*Las manananas de Mayo*, por D. Ricardo Oláran.—SECCION BIOGRÁFICA.—*Fray Inigo Barreda*, por D. E. P.—*Desconsuelo*, por D. J. Estrañi.—*Abeiriguador de Cantabria*.—*Seccion bibliográfica*.

SANTANDER.

Imprenta de Solinis y Cimiano, Arcillero, 1.

1876.

LA GUIRNALDA.

PERIÓDICO QUINCENAL DEDICADO AL BELLO SEXO.

Esta publicacion, que existe desde 1.º de Enero de 1867, es una verdadera especialidad en todo lo relativo á la educacion y labores del bello sexo.

Cada número consta de la parte literaria, amena é instructiva, ilustrada con excelentes grabados; de pliegos de dibujos para bordar, y alternando figurines, patrones y piezas de música.

En la edicion de labores.—Reparte siempre modelos para toda clase de labores y modas del bello sexo y piezas de música.

En la edicion de modas — Reparte figurines iluminados y patrones de tamaño natural cortados expresamente en París.

En la edicion de albums.—Abecedarios de todas clases y tamaños, y una completa coleccion de modelos para muestrarios, etcétera, á 6 y 8 rs. cada uno.

Además de estas *tres ediciones*, facilita los dibujos picados que se deseen pasar á las telas, y se encarga de todos los pedidos de bordados.

Ofrece *grandes primas, rifas mensuales* de objetos de valor y regalos de importancia.

Precio.—En Madrid, 4 rs. al mes, y año 44. Provincias, trimestre, 14; semestre 26, y año 48, las ediciones de labores ó modas; y juntas las dos: Madrid, 6 rs. al mes; semestre, 34, y un año 64.—Provincias, 20, 40 y 72; y 20, 40 y 68 respectivamente la edicion de labores ó la de modas con los albums.—Las tres ediciones: Madrid, trimestre, 24; semestre, 44; año, 80; y provincias, 28, 50 y 88 rs. respectivamente.

Anuncios.—A precios convencionales.

Para más detalles, pídase el prospecto á la Administracion, Barco, 2, duplicado 3.º.—Madrid.

Se suscribe en la redaccion de este periódico.

El libro BOCETOS AL TEMPLE, al cual se refiere el prospecto que se reparte con este número de LA TERTULIA, se hallará á la venta, desde mañana, en la librería de D. Luciano Gutierrez, calle de San Francisco, en la guantería de D. Juan Alonso, calle de la Blanca y en la redaccion de este periódico, Arcillero, 1, al precio de 3 pesetas.

NOTICIAS PARA LA HISTORIA DE NUESTRA MÉTRICA.

SOBRE UNA NUEVA ESPECIE DE VERSOS CASTELLANOS.

I.

Mucho se ha escrito sobre la historia de nuestra versificación, y no siempre con acierto. En general, los críticos que han dedicado su atención á estos estudios pecan de excesivo apasionamiento en pro de ideas preconcebidas y de sistemas forjados, más por capricho erudito, que por detenida observación de la materia objeto de sus investigaciones.

El primer tratado de arte métrica que en lengua castellana conocemos es el que, con el título de *Arte de trovar ó Gaya Sciencia*, recopiló D. Enrique de Villena, á imitación y ejemplo de los lemosines Ramon Vidal de Besalú, Jofre de Foxa, Berenguer de Troya, Guillermo Vedel de Mallorca, Guillen Molnier y Fr. Ramon Cornet (1). De él solo se conservan breves extractos, formados por algun curioso, y dados á luz por Mayans en los *Orígenes de la lengua española* (2). Ni en ellos ni en la *Gaya Sciencia*, de Pedro Guillen de Segovia, que es una copiosísima *selva* de consonantes, hallamos nada importante para nuestro propósito. Más granado fruto ofrece el *Arte de trovar*, de Juan de la Encina, que muchos han apellidado *Poética*. Los capítulos quinto, sexto y sétimo tratan de la medida y piés de los versos castellanos, que divide en versos de ocho sílabas ó de arte real, y de doce ó de arte mayor, de los consonantes y asonantes, y de las combinaciones métricas, llamando *mote*, *letra de invencion* ó *villancico* á las coplas de uno, dos y tres piés, y *canciones* á las de cuatro, cinco ó seis. Hacia el mismo tiempo, y guiado siempre por la

(1) *Arte de trovar*.—Continuación del *trovar*.—Libro de figuras y colores retóricos.—*Summa Vitiulina*.—Tratado de las flores (Compendio de las leyes de amor).—Doctrinal. Todos estos libros cita D. Enrique en la parte que del suyo ha llegado á nuestros días.

(2) Páginas 269 á 284 de la nueva edición (Madrid, 1875).

luz de la antigüedad clásica, decía Antonio de Nebrija en su *Arte de la lengua castellana* (1): «Todos los versos cuantos yo he visto en el buen uso de la lengua castellana se pueden reducir á seis géneros, porque, ó son monómetros, ó dímetros, ó compuestos de dímetros é monómetros, ó trímetros ó tetrámetros, ó adónicos sencillos, ó adónicos doblados.» Esto nos conduce á indicar algo sobre el origen de nuestros metros, enumerando siquiera brevemente el caudal que poseía nuestra lengua á fines del siglo XV, y que ha recibido más bien perfección que aumento en épocas posteriores. Materia era esta confusa y embrollada, hasta que la diligencia, sagacidad y erudición de nuestro muy docto maestro el ilustrísimo Sr. D. José Amador de los Ríos, ha venido á dar luz á tan revuelto caos (2). Que el origen de nuestros metros es latino, claramente lo ha demostrado el erudito escritor á quien acabamos de citar. Que por medio de los himnos de la Iglesia llegaron tales formas á la literatura vulgar, puesto está de igual modo fuera de toda discusión y duda. La degeneración sucesiva de las formas clásicas puede, sin dificultad, ser estudiada en el *Himnario latino-visigodo*, en la *Himnodia Hispánica*, publicada en Roma por el jesuita Arévalo, y en los copiosos monumentos de época posterior, recogidos por el Sr. Amador de los Ríos en las ilustraciones que á esta materia dedica (3).

¿Cómo no habían de introducirse en la poesía vulgar semejantes formas, cuando para celebrar al héroe nacional por excelencia, adoptaba un ignorado poeta por los años de 1133 la clásica forma del *sáfico*, manejándole á veces con habilidad muy notable?:

Eia... lætando, populi catervæ
Campidoctoris hoc carmen audite...
Modo canamus Roderici nova
Principis bella (4).

En los primeros monumentos de nuestra poesía, en los dos poemas del Cid, en las leyendas de *Los tres reys d' Orient* y de *Santa María Egipciaca*, y en el *Misterio de los Reyes Magos*, descubierto en la biblioteca toledana, aparecen metros, en apariencia informes, pero cuyo derivación latina es inquestionable. Los versos tienen desde diez á diez y ocho síla-

(1) Libro II, cap. VIII. Salamanca, 1592.

(2) Véase el tomo II de su *Historia crítica de la literatura española*, páginas 303 á 360, y 413 á 450.

(3) Pasaremos rápidamente por todas las cuestiones tratadas ya en los libros de este y otros eruditos.

(4) Du-Meril. *Poésies Populaires Latines du Moyen-Age*. Milá y Fontanals, *Observaciones sobre la poesía popular*, Amador de los Ríos, obra citada.

bas, como adaptados al canto, dependiendo en otros casos su irregularidad de los errores de los copistas. El poema de *Santa María Egípciaca*, que ha solido imprimirse en forma de versos cortos de ocho ó nueve sílabas, consta en realidad de versos de diez y ocho, forma que no tardó en ser abandonada. Los de diez y seis, cuyo hemistiquio de ocho recibe en el siglo XV el nombre de *pié de romance*, vienen, segun la respetable autoridad de Nebrija, del *tetrámetro yámbico u octonario*, y se encuentran en abundancia en los poemas de esta edad. Los de catorce, malamente llamados alejandrinos, proceden del *pentámetro*; y *pentámetros castellanos* los llamó en el siglo pasado el beneficiado Trigueros, que compuso en tal metro diferentes poemas filosóficos, de lo mas detestable que recordamos haber leído. Con estas tres principales especies de metros se combinan en los poemas de esta edad los de quince, trece, doce y diez sílabas, apareciendo como en embrion todos estos elementos, muertos antes de nacer algunos de ellos. En pös de esta primera época de nuestra poesia, viene la segunda, caracterizada por el cultivo del *arte heroico-erudito*, que nuestro sábio maestro el Sr. Milá y Fontanals apellida *mester de clerezia*, apoyando esta denominacion en los primeros versos del *Alejandro* de Juan Lorenzo Segura de Astorga. La forma general de los poemas de esta edad ha sido encerrada por el mismo erudito en la concisa fórmula siguiente: *tetrástrofos monorrimos alejandrinos*, esto es, versos de catorce sílabas, dispuestos en estancias de á cuatro y ligados por la misma rima. Apénas hay excepciones de esta regla; Berceo, sin embargo, usa en el epitafio de Santa Oria los octonarios, y en el canto de los judíos, inserto en el *Duelo de la Virgen*, emplea los de ocho y nueve sílabas alternativamente. En tiempo de Alfonso X recibe nuestra metrificación prodigioso incremento. Las *Cantigas* ofrecen ejemplos de la mayor parte de los metros y combinaciones usados posteriormente. En este punto, como en tantos otros, ha de derramar copiosa luz la anunciada publicacion por la Academia Española de tan precioso monumento. Entre tanto, gracias á los trabajos del Sr. Amador de los Rios, sabemos que en las *Cantigas* se hallan versos de diez y seis, catorce, doce (iguales á los de las *Querellas*) y once (agudos y graves). Esto por lo que toca á los metros de arte mayor. En cuanto á los menores, no es ménos rica la cosecha; de seis (adónicos de Nebrija), de siete (hemistiquios del pentámetro), de ocho (dímetro yámbico, hemistiquio del tetrámetro) se encuentran copiosos ejemplos.

Los versos de doce y los de once sílabas son las dos formas de metrificación más importantes entre cuantas el Rey Sábio

introduce. A los primeros llamó Nebrija *adónicos doblados*, como á los de seis *adónicos sencillos*, comparándolos en otras ocasiones con el trímetro yámbico senario. Otros, con más fundamento, en nuestro sentir, los equiparan, en cuanto es posible, con los *asclepiadeos*. Compárense estos dos versos:

Mæcenæ, atavis edite regibus. (Horacio).
Cá he visto, dice, Señor, nuevos yerros. (J. de Mena.)

y se notará que para nuestros oídos no hay gran diferencia. En cuanto á los de once, su origen *sáfico* es harto notorio.

Siguen las huellas del Rey sabio D. Juan Manuel y el archipreste de Hita. En las *moralidades del Conde Lucanor* encontramos de nuevo los versos de once y doce sílabas, probando que la tradición artística no sufrió interrupción en este punto. El archipreste, que se propuso en su variado poema dar entrada á todos los metros hasta entonces cultivados, no añade, sin embargo, ninguno á los usados en las *Cantigas*, y solo una vez, y con escaso acierto, usa el *endecasílabo*. Reaparece este metro en las poesías de Micer Francisco Imperial, introductor de la alegoría dantesca en nuestro suelo, y llega á ser combinado en forma de sonetos petrarquescos por el marqués de Santillana; pero en esta edad de nuestra poesía aparece eclipsado por el de arte mayor ó de doce sílabas y por los metros cortos, cuyas combinaciones casi agotaron los trovadores de la corte de D. Juan el segundo. Entiéndase esto por lo relativo á Castilla, pues en la España Oriental fué muy cultivado el *endecasílabo* en el siglo XV, como saben bien, sin acudir á recónditas noticias, los que alguna vez han saboreado los deleitosos cantos del incomparable Ausias March.

Y entramos en el siglo XVI, en que, vencida la oposición de Castillejo, domina, sin mas rivales que los metros cortos, el verso de once sílabas, cuya supuesta importación de Italia se ha atribuido á la habilidad de Boscan y á los consejos de Navagiero. Aparecen en nuestro Parnaso la canción petrarquista, la octava, el terceto, la sextina y otra infinidad de combinaciones del *endecasílabo*, y resucita el soneto olvidado desde los tiempos del marqués de Santillana. Pero aquel clásico Renacimiento de las formas no podía contentarse con las empleadas por los grandes maestros italianos, y debió buscar otras más cercanas á las de la lírica grecolatina. Así vemos á Garcilaso emplear en *La Flor de Gnido* la ligera y gallarda estrofa de cinco versos que desde entonces recibe el nombre de *lira*, y, con escasas excepciones, es usada por Fr. Luis de León en las más admirables inspiraciones que atesora nuestro Parnaso del siglo XVI. No la desdeña tampoco

el bachiller Francisco de la Torre, segundo entre los poetas de la escuela salmantina, pero, anhelando acercarse todavía más á la nunca igualada pureza helénica de la forma, construye estrofas del todo clásicas en cuatro odas de lo más acabado que salió de su pluma:

Claras lumbres del cielo, y ojos claros
Del espantoso rostro de la noche,
Corona clara, y clara Casiopea,
 Andrómeda y Perseo...
Amintas, ni del grave mal que pasas
Dejes vencerte, ni volviendo el rostro
A tu fortuna, te acobardes tanto
 que sienta tu flaqueza...
Amintas, nunca del airado Júpiter
La armada mano descompone umbrosa
Selva de plantas, sin mostrar humana
 Su presencia divina...
Tirsis, ah Tirsis, vuelve y endereza (1)...

De tales estrofas á la resurreccion de la *sáfica*, parece que no hay más que un paso. Y, sin embargo, Francisco de la Torre, que daba el nombre de *adónicos* á los versos de sus endechas, no hizo sino por casualidad metros *sáficos*. La introduccion de la bellísima y alada estrofa de Lesbos se ha atribuido con error á Villegas. Punto es este que merece ser puesto en claro, siquiera sea de pasada. Los primeros *sáficos* que conocemos en castellano, por más que nadie haya parado mientes en ellos, son obra del sábio arzobispo de Tarragona Antonio Agustín. Recorriendo en cierta ocasion sus obras completas (edicion de Luca, 1772), tropezamos en el tomo VII, pág. 178, con una carta á su amigo Diego de Rojas, fecha en Bolonia 1540, y en ella con estas palabras: «*Mitto ad te quedam epigrammata novi cujusdam generis.*» Los versos de nuevo género á que el futuro arzobispo se refiere, son unos *sáficos* que comienzan así:

Júpiter torna, como suele, rico,
Cuerno derrama Jove copioso,
Ya que bien puede el Pegaseo monte
 Verse y la cumbre.
Antes ninguno sábio poeta
Pudo ver tanto que la senda corta
Viese que á griegos la subida siempre
 Fuera y latinos.

(1) Obras del bachiller Francisco de la Torre.—Madrid, 1753, páginas 54, 30, 8, 48.

Vemos que Ennio, Livio y Catulo,
Pindaro, Orfeo, Sófocles y Homero,
Virgilio, Horacio y con Nason Lucano,
Esta seguian...

¡Cosa en verdad estraña! Antonio Agustin, que apenas hizo otros versos que unas deliciosas octavas á la fuente de Alcover, es quien ha dotado á nuestra pöesia erudita de una de sus formas más bellas y galanas! Añádase este laurel á los muchos que ciñen la frente del docto arzobispo.

En sáficos tradujo poco despues el Brocense con admirable fidelidad y acierto la oda X del libro II de Horacio «*Rectius vives, Licini,*» y en sáficos escribió Fr. Jerónimo Bermudez varios coros de las *Nises, lastimosa y laureada*. Ambos fueron anteriores á Villegas, y el segundo es autor de trozos muy notables de poesia horaciona, no inferiores á las dos celebradas odas *Del céfiro y de la Paloma*. Nuevas y graciosas combinaciones métricas usó tambien Francisco de Medrano, felicísimo imitador de Horacio. No recordamos ninguna otra innovacion, que de notar sea, en la dorada edad de nuestras letras. Aun las que hemos indicado tuvieron poquísimos secuaces. Las formas italianas y las nacionales dominaron sin contradicción apenas. Solo la *lira* de Garcilaso tuvo imitadores, así entre los vates portugueses, como entre los castellanos. La lectura de los escasos tratados de métrica dados á luz en los siglos XVI y XVII, entre los cuales recordamos el *Cisne de Apolo*, del P. Carballo, el *Arte Poética*, de Rengifo, y la *Ritmica*, de Caramuel, el estudio de los preceptistas que, como el *Pinciano*, (Filosofía Antigua Poética), Cascales (Tablas), Juan de la Cueva (Ejemplar poético) y Miguel Sanchez de Lima (Poética), trataron por incidencia este punto, nos convence de la verdad de la observacion precedente. Solo Caramuel menciona el *sáfico*, citando algunas estancias de la traduccion del Brocense ántes mencionada, y tampoco recordamos de este metro otro ejemplo notable, fuera de los citados, que una oda burlesca de Baltasar de Alcázar al *Amor*, que no sabemos si será anterior á los ensayos de Villegas, aunque nos inclinamos á creer que sí. Lo que á Villegas pertenece es la introduccion del exámetro, de que usó, no sin cierta felicidad á veces, en una égloga, y combinado con el pentámetro formando dísticos, en dos brevísimos epigramas. La posibilidad de estos metros permanece todavía en tela de juicio.

M. MENENDEZ Y PELAYO.

(Continuará.)

AL SEÑOR DON JUAN VALERA.

I.

Las sonrisas del cielo de Granada
A tu primer vagido respondieron,
Darro y Genil sus flores te cedieron,
Las doctas musas cítara sagrada.

Cantaste, y á tu música inspirada;
Que el Tajo y Neva con deleite oyeron,
Cien ricos artesones eco dieron,
Eco mil almas en que amor se agrada.

Y el héroe de Crimea sus coronas
Enlazó con las tuyas, consagrandó
Su corazón al de tu hermana bella....

Y ¡á desaliento amargo te abandonas!
¿Qué áspid letal hirió tu pecho blando?
¿Qué nube empaña tu dichosa estrella?

II.

¿Viste quizá, como el patriarca moro
De tu áureo cuento (1), en sobrehumana esfera,
De vida rica la beldad primera,
Sobre el concierto de los orbes de oro?

Y ¿respondiendo al suspirar canoro
De tu inflamado espíritu, ligera
Encarnóse y á tí vino hechicera,
Radiante en alas de celeste coro?

Y ¿la adoraste arrebatado y tierno,
Y de tu corazón colmó el vacío,
Y te llevó extasiado al gozo eterno?

(1) *Las aventuras de Cidí-Yahya*, poema de Valera.—1858.

Y ¿cuando á tí volviste, en sombra horrenda
Convertida la hallaste, amigo mio,
Y en humo vano tu amorosa ofrenda?

III.

¡Amar tu egregio espíritu soñaba
La alma belleza en carne traducida,
Fuera del que á los mundos presta vida,
Del que en su sangre al Universo lava!
¡Fuera del que en la Cruz la muerte brava
A sus plantas miró rota y vencida,
Y escalando los cielos, redimida
Eleva en pos la humanidad esclava!
¡Fuera de Cristo á quien, de amor cautivo,
Multiplicado como fértil grano,
La tierra en aras mil adora vivo!
En Cristo sólo hay bien, hay hermosura
Y verdad y deleite soberano
Donde el alma se goce sin hartura!

GUMERSINDO LAVERDE.

LA MONTAÑESA. (1)

A la ventana soy dama,
Y en el balcón soy señora:
En la mesa cortisana,
Y en el campo labradora.

(Cancion popular en la Montaña)

I.

Ávido de todo linage de gloria y nombradía, aquel insigne ejemplo de privados, D. Alvaro de Luna, cuyo nombre—tanto fué extraordinaria su fortuna!—no se cae de los labios de doctos é indoctos, quiso probar á escribir en prosa con igual despejo, bizarría y esperanzas que habia probado á rimar en la justa, á competir en el coso, y á mandar en las régias aulas y consejos. Buscando asunto, dióse á recoger y compendiar los rasgos excelentes de valor, ingenio y santidad atribuidos á hembras famosas por historias antiguas, sagradas y profanas, é hizo un libro, al cual puso por título: «*De las virtuosas y claras mujeres.*»

Dueño el soberbio favorito de no pocos secretos del corazon femenino, cuya posesion le daban—si no mienten las crónicas—repetidos triunfos ménos deslumbradores y ruidosos, más dulces y lisonjeros que los de la política y las armas, temió sin duda que su esclusivo elogio y cumplida alabanza de las mujeres muertas sonasen en ánimos sospechosos á tácita reprension é indirecta censura de las vivas,—que con parecidos supuestos han sido tachadas obras del ingenio humano, y bajo la fé dudosa de tales juicios corren, calumniadas acaso. Tampoco se le escondia lo arriesgado é imposible de elegir entre el gallardo y bullicioso séquito de sus contemporáneas, mimadas por la corte galante y culta de D. Juan II, ensoberbecidas por el rendimiento y cotidianos triunfos en liza de Estúñigas y Quiñones, de Merlos y Buelnas, endoctrinadas por las mágicas plumas de Mena y Santillana, de Villena, Lando y Villasandino. Y cortés y corte-

(1) Este artículo fué escrito esponsamente por su autor para la obra *Las mujeres de España, América y Portugal*.

sano, huyendo hábilmente de ambos tropiezos, terminó su libro con estas expresivas y elocuentes frases:

«Como quiera que muchos otros exenplos y claras vidas se nos representen e offrescan en onra e loor de las claras e virtuosas mugeres de nuestro tiempo así de los estados mayor e mediano e menor de las quales algunas dellas oy viven cuya vida gloriosamente ha resplandecido dentro de los termynos de las nuestras Españas, que muy digna seria de memoria perdurable; perdonennos aquellas si faziendo aqui fyn al nuestro libro, las sus vidas virtuosas traspasaremos. Ca seyendo aquestas por nos loadas mas de lo que devrian, avria contra nos logar la suspicion, por aver seydo aquellas de la nuestra propia patria, e aun algunas dellas contemporales al nuestro tiempo. E si menos fuessen loadas de quanto meresciesen podria la virtud de aquellas redargüir de error á la nuestra escritura...» (1)

Hay asunto más ocasionado á esa *suspicion* ó comun recelo por D. Alvaro temido; más desamparado é indefenso contra lastimados y quejosos.

Al cabo, cuando se retratan individuos, entre las pasiones suscitadas ya por la eleccion, ya por el desempeño, tanto surgen pasiones auxiliares como pasiones enemigas. Gustos é intereses opuestos traban pelea, recíprocamente se niegan, se afirman, se contradicen, se discuten, y el rumor permanente de la batalla ántes trae prestigio y nombre que se los quita á lo que fué causa de ella.

Mas la pintura colectiva, aquella cuyo intento es definir el ser social, episódicamente comprendido dentro de ciertos caractéres y modos peculiares de vida, pintando y disponiendo con el posible acierto y proporcion los rasgos que señalan una raza, un *Estado*, la poblacion de una comarca, distinguiéndola entre sus aledaños y semejantes, es seguro blanco de récias y generales iras. No vá semejante pintura defendida por los respetos debidos á nombre propio ó atribucion determinada, y la comun hipocresía social, que tanto alardea de justiciera como de vidriosa y delicada, condena ó satiriza en ella cuantos pormenores la desplacen ó hieren, escudando su saña tras la apariencia de no obrar movida por personal impulso en causa propia, sino de haber tomado generosamente sobre sí la defensa ajena.

Ni esos peligros, empero, ni temores de otro alguno, arre-

(1) Códice de la Biblioteca de Palacio, el cual termina con estas frases: "E fue acabado e dado a publicacion por el sobredicho Señor en el Real de sobre Atienza, entrada la dicha villa quatorze dias de Agosto, dies e nueve calendas de Setiembre, año del nascimiento de nuestro Señor Jesu Cristo de mil e quatrocientos e quarenta y seys años."

dran á quien es solicitado, no para pintar, privilegio de maestros consumados, si para estender á la ligera en cuatro apuntes lo que á sus ojos dibuja, sella y caracteriza á la mujer de su nativa tierra.—No de otro modo que al manso vaiven del bote, abierto el álbum sobre sus rodillas, fija el curioso con leves é interrumpidos trazos los pintorescos accidentes de la costa, dentro de una inmensa bahía.

A nadie se cede, de nadie se fía gustosamente la dulce ocupacion de hablar de aquello que se ama. Sobre las ventajas de mayor arte, de mejor estilo, que sin violencia se conceden á quien quiera, está y prevalece una voz misteriosa del corazon, sospecha ó certidumbre de que nosotros, y nadie más que nosotros, estimamos y somos capaces de hacer estimar ciertas fases íntimas y singulares de lo amado, desconocidas y recónditas para otros, por mucho que les autorice y ayude adquirido saber ó ingenio propio.—¡Hay en los juicios del cariño tantas cosas que no son enseñadas por el arte ni por la sabiduría, sino por el cariño mismo!...

El corazon tiene siempre un modo personal y propio de ver con respecto á lo que ama: tiene un epíteto predilecto para calificarlo, un concepto especial y único para encarecerlo, y no quiere guardarse para sí, ni callar el concepto ni el epíteto cuando vé á lo que ama en tela de juicio y en hora de ser ofrecido y expuesto á la general opinion y exámen.

La elocuencia descarría, la memoria flaquea; la palabra engendrada del calor de las entrañas no desfallece ni se agota; corre precipitada, desigual, incorrecta, no se pule en frase escogida, no se redondea en artificial periodo; pero nace, bulle, hierve incesante y vívida, y desdeñosa del oído vá á buscar, y los encuentra, los ecos vivos del alma.—Cabe confesarse inhábil y poco diestro; no es posible negar ni suprimir los impulsos de la sangre ni el latir del corazon. Por consecuencia, si es lícito, y aun seria discreto, rehusar difíciles participaciones en obras de consumada y esquisita literatura, habria de parecer descariño, frialdad de alma y negacion de santos deberes resistirse á dar suelta y vuelo á ese decir desaliñado y vagabundo del sentimiento.

Yo no sé qué tiene para mí esa idea de pintar á la mujer de mi pátria, que parece comprender la vida entera desde la cuna al sepulcro, sin duda porque en el grupo delineado me figuro tanto á aquella á quien pude deber caricias ó ternura cuando ni corazon ni inteligencia podian agradecerlo ni pagarlo, como á aquella que, al pasar delante del cementerio de Santander, rogará un día por mí al cielo al rezar por los que dentro de sus paredes yacen.

¿Qué dicha humana, qué pura alegría de la vida no lució á

nuestros ojos con femenino rostro, no arrulló nuestra alma con femenino acento?

La imagen de la gloria, la de la fama, la patria exaltada y engrandecida, visiones sublimes del adolescente; la musa de los primeros versos, la inquietud de los primeros insomnios, se han aparecido á los ojos de aquel que tuvo patria, con la fisonomía familiar y amada de una compatriota.

Tener patria no supone únicamente haber nacido en este ó el otro territorio, desnaturalándose luego y para siempre antes de la pubertad del entendimiento, antes de que las primeras nociones de la idea intenten explicar los primeros movimientos del corazón, se concierten con ellos ó los contradigan, ya victoriosas, ya vencidas.

Tener patria, en el concepto aquí usado, significa sentirse perdurable é indisolublemente atado á una region de la tierra, bajo cuya corteza, en cuyo ambiente latén espíritus invisibles, que puestos, tanto de cerca como de lejos, en comunicacion perpétua con el alma, la gobiernan y agitan, siendo agentes, causa y guía de obras y afectos, de emociones y actos: tierra habitada en sazón de saber encariñarse, vista á la luz de naciente entusiasmo y vírgenes esperanzas: tierra de suelo sagrado y cielo sublime: suelo no formado del polvo confuso y desconocido de generaciones sin cuento y sin nombre, sino de los despojos distintos de una raza progenitora; cadena viva, cuyos eslabones, atravesando siglos, juntan y ligan remotos y presentes tiempos con dos vínculos animados y no interrumpidos; la sangre, que no palidece; el apellido, que no se extingue: cielo donde consolador y perenne luce el reflejo de los maternos ojos, tantas veces clavados en su azul durante la larga cuita y los afanes de nuestra niñez y crianza.

No comentaré este nombre de *madre* que todo lo encierra y todo lo dice, nombre primero que surge cuando de patria se habla, ó de cuanto en la idea de patria es fuente de fecundo amor y altas aspiraciones. No lo comentaré, huyendo del peligro cierto de convertir en íntima y apasionada elegía lo que debiera ser reposada y serena pintura. De las ardientes adoraciones del alma consagradas por la muerte, gústame hablar á oídos de quienes profesan idéntico culto, á pechos que confiesan la misma fé que yo confieso. Poner santas memorias, nunca evocadas sin temblor en la voz, sin agua en los párpados, al riesgo de frío desden, escéptica sonrisa ó sutil disputa, sonaría dentro de mi conciencia á extravío sin disculpa, cobarde apostasía ó sacrílega flaqueza.

Pero sin tocar á ese nombre, yo siento y declaro que bajo su tutela misteriosa é invisible guía camina mi pluma; por-

que el espíritu que simboliza es inseparable de mi deseo y de mi asunto; porque llena desde el cielo mi corazón y mi pensamiento como llenó en la tierra mis horas y mis días; porque llama hacia Dios y consuela del mundo; porque cuando los vientos asoladores de la vida soplan sobre mi corazón, ese espíritu le refresca y hace reverdecer; porque él ahoga sin dolor ni violencia los malos retoños, apenas asoman su viva cabeza en las soledades del alma desengañada y entristecida.

AMÓS DE ESCALANTE.

(Continuará.)

LA MALDICION.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

Ed attro disse: ma non l'ho á mentre.

DANTE.

Que vague sin reposo bajo el dolor tremendo
del mal, que en él destruya la alegre juventud;
perdido en arenales de calcinada huella,
al rayo sin ocaso de un sol de viva luz.

Que igual al asesino, que en la sombría noche
después del crimen, huye confiándose al azar,
si marcha entre las sombras, escuche con espanto
de pasos que le siguen el eco pertinaz.

Y sobre el hielo frío de helados ventisqueros,
tan liso como el corte de la afilada hoz,

resbale y caiga y ruede, y en sus paredes tersas
las huellas de sus uñas imprima en su dolor:

Que de un error objeto le prendan moribundo,
de la desierta via tendido en el talud;
y en vano su inocencia proteste desolado;
y con rigor le claven sobre un madero en cruz.

Que penda desgrenado de aquel suplicio cruento,
bañados los cabellos en sangre y en sudor;
los miembros desgarrados y la sedienta boca
teñida en la agonía de cárdeno color.

El hórrido esqueleto de la espantable muerte
visible para él solo contemple frente á sí,
y en los espacios huecos del descarnado rostro
satánica sonrisa alcance á percibir.

Que aun ya cadáver sufra y sienta todavía
de la insaciable muerte el golpe destructor;
y cómo de sus miembros deshace el organismo
de múltiples gusanos el diénte roedor.

Que ni en el mundo viva, ni libre ya su espíritu
encuentre de las almas en la region lugar;
y su desnudo cuerpo la nieve ázote fría,
ó abraze el denso fuego de un sol canicular.

Que en medio de la noche despierte acongojado,
y las oscuras sombras aumenten su pavor;
y luche y agonice y en vano se retuerza
entre las garras duras del buitre y del condor.

ADOLFO DE LA FUENTE.

TIPOS TRASHUMANTES.

Los pueblos, como los hombres, tienen dos fisonomías por lo menos (algunos hombres tienen muchas): la que les es propia por carácter ó naturaleza, ó como si dijéramos, *la de todos los días*; y la de *las circunstancias*; es decir, la de los *días de fiesta*.

La que en este concepto corresponde á la perínclita capital de la Montaña, la forma esa muchedumbre que la invade, en cada año, durante los meses del Estío, para buscar en ella quién la salud, quién la frescura y el sosiego; ora en las salobres aguas del Cantábrico, ora contemplando y recorriendo el vario paisaje que envuelve á la ciudad, mientras la raza indígena la abandona y se larga por esos valles de Dios buscando la soledad de la aldea y la sombra de sus *castañeras* y *cajigales*.

Para los que solo se fijan en la variedad de matices y en la movilidad de los pormenores, esta fisonomía es híbrida, abigarrada, indefinible é incalificable.

Para un ojo ducho en el oficio, es todo lo contrario. Hay en ese movimiento vertiginoso, en ese trasiego incensante de gentes exóticas que van y vienen, que suben y bajan, que entran y salen, rasgos, colores y perfiles gráficos y permanentes, que sobrenadan siempre, y se reproducen de verano en verano, como el *aire de familia* en una larga série de generaciones. ¿No es todo esto una fisonomía como otra cualquiera?

Por tal la tengo yo, y por muy digna la juzgo, por ende, de ser registrada en el libro de apuntes de todo el que se precie de pintor escrupuloso de costumbres montañesas.

Y como quiera que yo, si no tengo mucho de pintor, téngolo de escrupuloso, abro mi librito y apunto... pero, entiéndase bien, sin otro fin que refrescar la memoria del que leyer, y con la formal declaracion de que «cuando *pinto*, no *retrato*,»

I.

LAS DE CASCAJARES.

No es aristócrata por la sangre, ni siquiera tiene un título nobiliario de los de nuevo cuño; no por haber llegado tarde al reparto de ellos, sino acaso por distinguirse más llamándose á secas *el señor de Cascajares*.

El cual es un banquero, ó hacendado, ó contratista de *alto bordo*, muy rico, segun la fama, que reside en Madrid, en donde, al decir de los que de allá vienen á pasar las vacaciones de verano, habita espléndido palacio en el paseo de Recoletos, ó brillante casa en la calle de Alcalá, ó en la del Barquillo.

Es diputado á Cortes cuantas veces quiere, y lo quiere casi siempre, porque todos los Gobiernos apoyan su candidatura, á cambio de la decision con que él aplaude á todos los Gobiernos.—Sin embargo, no es hombre político: solo se comunica con los del poder por el ministerio de Hacienda.

Su señora tiene más relaciones é intimidades que él con los altos personajes de la cosa pública. Se tutea con muchos de ellos, aunque tampoco es aficionada á la cábala ni al cabildeo; es decir, que le gusta el personaje por lo que brilla, y nada más.

Tiene tres hijas solteras, y vá con ellas al *gran mundo*. Ni estas son modelos de hermosura, ni la madre encaja por ninguna parte que se la mire en el mas modesto de los moldes aristocráticos; pero, así y todo, pasan en la corte por *ornamentos distinguidísimos* de la *alta sociedad*. Lo cierto es que los *Asmodeos* y *Pedro Fernandez* las citan siempre en sus almiaradas crónicas de Madrid en el catálogo de las *bellas, discretas y elegantes*.

Dos hijos varones tienen tambien los señores de Cascajares. El mayor es diplomático; y aunque rara vez sale de Madrid, siempre se le considera como en activo servicio, para los efectos de la nómina y del escalafon, en una de las embajadas de más categoría. El segundo, que pasa ya de los veinticinco, no se ha decidido aun por la carrera que ha de seguir. Por de pronto asiste con asiduidad al *Veloz-Club* y al Casino, y sabe poner cien onzas á una sota, sin que le tiemble el pulso.

Toda esta gente, mas tres doncellas ó camaristas, dos cria-

dos para los señoritos, un sota-mayordomo ú hombre de confianza para *el señor*, dos lacayitos y un cocinero negro, vienen en el mes de Julio á Santander á habitar un piso amueblado, en la poblacion, que paga el señor de Cascajares á razon de 8.000 reales mensuales, con la obligacion de habitarle dos por lo menos, ó de pagarle como si le habitara, y de reponer cuanta vajilla, ropa de camas y muebles sufran el menor deterioro en el ínterin.

Día y medio dura la mudanza, de la estacion del ferro-car-ril á casa, de los *mundos*, maletas, cajas, baules, rollos de mantas, bastones y paraguas, etc., etc., que siguen á la familia de Cascajares como la estela al buque.—Y se llena de baules un cuarto del pátio, y hay mundos amontonados en los gabinetes, y cajas sobre todos los veladores, y paquetes sobre todas las sillas, y maletas hasta en el mismo salon en que aquellas señoras reciben las visitas.

Tanto es el equipaje y tanta la servidumbre, que la familia no ha podido colocarse en ninguna fonda del Sardinero; y por acordarse tarde, tampoco logró instalarse en uno de aquellos amueblados *chalets*.

Esto tiene disgustadísimas á las *niñas* y desazonada á la mamá. Y no es para menos el caso. *Las* de Himalaya, las de Tenerife, las de Potosí, las de Chimborazo... en fin, toda la más encumbrada aristocrécia está en el Sardinero; y ellas, por consiguiente, *sin sociedad*. Además, mal alojadas y achicharradas de calor. (El termómetro marca 20° al sol, y cuando ellas salieron de Madrid señalaba 41 á la sombra). Gracias á que han conseguido alquilar por toda la temporada un mal carruaje que las lleva por la mañana al baño y por la tarde á pasear al Sardinero.

Así es que se las vé poco en la calle, y cuando se las vé, se observa que se mueven perezosamente, como buque en *calma chicha*, y miran tiendas, objetos y personas con gesto de hondo disgusto.—Si alguno las saluda al paso, responden con lánguido cabeceo; que más parece desmayo que otra cosa.

Por lo comun se las halla, hechas un racimo y envueltas en trasparente bata, sentadas en el mirador.

En esta ocasion y en otras varias del dia, nunca les falta en la acera de enfrente una especie de guardia de honor compuesta de los arrapiezos más encanijados y escrofulosos, pero á la vez más *principales*, que haya en la poblacion. Allí los inocentes se pasan las horas muertas retorciéndose la inverosímil gufa del incipiente bigote; exhibiendo, á fuerza de disimuladas contracciones de muñeca, los puños de la camisa, esgrimiendo las solapas de la levita para que se destaque

en todo su desarrollo la curva del robusto pecho, y haciendo, en fin, cuantas evoluciones y habilidades pudiera una bestezuela amaestrada por diestro gitano para seducir al incauto feriante.

Ya hemos dicho que las de Cascajares no son bellas; pero que son *distinguidas*, categoría inventada en estos tiempos democráticos para colocar en ella á todo lo que no es vulgo, sin ser aristocracia, no por la sangre, sino por *el aire*.

El efecto de esta *distincion* se deja conocer en el pueblo inmediatamente. En esos dias es cuando se tropieza uno con alguna indígena que lleva sobre su cuerpo cierta cosa rara que llama nuestra atencion; v. gr.: un moño encima de los riñones; un pispajo de tul en el cogote; el pelo echado sobre los ojos, ó medio vestido azul y medio de color de canario, collar de churlas de canela, ó pendientes de melocoton..... cualquiera estravagancia por el estilo.

Si tenemos franqueza para tanto, y la preguntamos, deteniéndola en la calle, qué es *aquello*, nos responderá sorprendida:

—¿No le hace á V. gracia?

—Maldita.

—Oh! pues *lo llevan mucho* las de Cascajares; y en Madrid *hace furor*.

—Hola!

—¿No le gustan á V. *esas chicas*?

—¿Quiénes?

—Las de Cascajares.

—La verdad es que no me han llamado la atencion gran cosa.

—Oh! Pues son muy *distinguidas*!

Y no es otra, lector, la razon de que muchos arreos femeniles que te parecen espanta-pájaros por esas calles de Dios, se consideren, entre las gentes de *buena sociedad*, como modelos de gracia y bien caer.

¡Lo llevaban las de Cascajares!

Y es de advertir que entre los hombres que se pagan mucho del adorno exterior, sucede lo propio.—Tienen tambien sus Cascajares *distinguidos* que les hacen zambullirse en unas bragas descomunales, ú oprimir el busto entre las láminas de una levita sin solapas, sin faldones, y hasta sin paño, ó la mollera en un cilindro sin alas, ó en unas alas sin cilindro.

Volviendo á las de Cascajares, añado que asisten á los bailes campestres, muy elegantes, pero con mal gesto; bailan poco, ó no bailan nada. Son las últimas que llegan al salon, y las primeras que se retiran de él.

Y como son tan distinguidas, suspiran muy á menudo por aquel *Biarritz de su alma*, donde todo es *chic* y *confortable*. En cuanto á Santander, *no las hace felices*.

El diplomático dice amen á todos los discursos de sus hermanas, y no se separa de ellas en todo el día. Es autoridad de peso en asuntos de moños y vestidos, y en el ramo de modas en general bastante más entendido que en los protocolos de la secretaría de su cargo.

Por lo que hace al otro Cascajares, se levanta á las dos de la tarde, come á las seis, se vá á la ruleta, si la hay, ó á timbirimba más *fuerte*, que sí la habrá, y no vuelve á casa hasta las tres de la mañana, viendo siempre las estrellas, aunque el cielo esté nublado; porque es de advertir que tropieza mucho en el camino.

En cambio su papá no tiene más afán que pasear solo por el Alta; y como se acuesta temprano y madruga mucho, solo vé á su familia á las horas de comer. Sabe que está sin la menor novedad en su importante salud, y no se mete en otras honduras. Lo mismo hace en Madrid.

Y llega á la mitad el mes de Setiembre, vuelven á empaquetar los equipajes, y despues de haber *pagado* diez visitas de las veinte que deben, tórnanse á Madrid las de Cascajares llevándose las maldiciones de las diez familias con quienes quedan *en descubierto*, y dejando en cambio el recuerdo de su *distincion* entre las señoras *pidientes* que las imitan en cuanto les es dable, así en el vestir como en el andar, y entre algunas inocentes *cursis* que sudan y se desgañitan por remedar sus frescas y turgentes sedas con marchitos tafetanes y debiles percalinas.

II.

LOS DE BECERRIL.

Dos taleguillos blancos llenos de ropa de *muda*, unas alforjas atacadas de chorizos y garbanzos, y un paraguas. Este es el equipaje de cada familia al meterse en el tren en la estacion más próxima.

Cuando se apean en Santander, el padre carga con las alforjas, amen de la capa que también se echa al hombro; la

madre con un taleguillo y la criatura que amamanta; una jovenzuela con el otro talego y un rapaz de doce años con el paraguas.

Vienen á Santander porque el padre tiene *dúlceras* en las piernas, y *dúlceras* en el *cuadril* de la derecha; la madre, desde el último parto, *añudados* los *gonces* de la rodilla izquierda; el mamoncillo no puede echar los últimos dientes *de por sí solo*; la jovenzuela ha cumplido ya quince años y está pálida como la cera; el rapaz que vá para doce, tiene los labios como un embudo y el cuello como un botijo, y le salen ya los *lamparones* por detrás de las orejas.

Por consejo del médico de Becerril de Campos, vienen á tomar los baños de mar, porque estos han de curar todas y cada una de las dolencias enumeradas.

Con estas esperanzas y aquel equipaje, y en el órden de formacion en que hemos ido citándolos, llegan á la Dársena y echan Muelle adelante con el asombro pintado en los ojos y en la boca.

El molinete que suena; el vapor que cruza la bahía; el ligero esquife que se desliza sobre las aguas como la golondrina en el espacio; la sardinera que grita su mercancía; el coche que pasa rápido; el carretero que aturde la vecindad con las blasfemias de costumbre; el marcial arreo y las infantiles galas, sedas, tules, libreas y levitas, chaquetas y manteos.... Todo esto junto y revuelto, casi en torbellino, que es lo primero con que tropiezan los ojos del viajero que desde la estacion del ferro-carril se lanza, de sopetón, al Muelle en una tarde de verano, aturde y deslumbra con sobrado motivo al sedentario y patriarcal lugareño de tierra de Campos.

Pero el coche, y «los señores,» y el soldado, y «las damiselas,» todo, en fin, lo que es terrestre, cabe perfectamente en las presunciones de los de Becerril, y luego deja de admirarlos. Lo que realmente los fascina, por de pronto y acaba por atontarlos es *lo marítimo*. Les faltan ojos para contemplarlo y hasta narices para olerlo.

—Miales, miales, hijo,—vocea la madre.—¿No te lo ecía yo?... Más altos son los palos que el campanario del pueblo.

—Pues anda—añade el padre—con el otro que vá río-abajo. Mal rayo me parta si no ahuma como si llevara los demonios aentro. ¿Qué tié que ver el tren con esto? Pues ávate con el barquillico que lleva á la zaga....

—Será la cria, padre,—grita el rapaz.

—Puá que, hijo: no te diré yo que no lo sea.

—Y toás estas que están arrimaicas aquí lo paecen también... ¡Cristo cuánta barca!... y allá vá una cargá de *cubetos*... ¿Y dende esta orillica se pescará *el fresco*?

—Otra con el inocente! Eso se pesca en alta mar, borrico.

—Pues no es esto la alta mar?

—Anda si qué! Pues no oistes á aquel señor que venia en el tren á la vera de tu madre que esto es el puerto? ¡Qué tié cacer esto pa-onde está la alta mar!

—Y onde está esa mar?

—En cuantico lleguemos á casa, dí que se vé de golpe.

Y en estas y otras por el estilo, admirando acá, exclamando allá, parándose aquí, retrocediendo en el otro lado, preguntando á este «caballero» y á la otra «buena mujer», llegan á Miranda, en cuyo barrio tienen *apalabrada* una habitacion que les ha buscado otra familia castellana que les precedió en el viaje.

Al ver el mar desde aquellas alturas, los padres se atolondran y los hijos se estremecen, considerando que al dia siguiente han de meterse todos ellos en tales honduras.

Como el barrio de Miranda es el que eligen siempre los castellanos por la doble razon de economía y de proximidad á la playa, tienen ocasion los nuestros de hacer rancho en la misma casa en que viven, con otras paisanas instaladas en ella tambien. De todas maneras, y por eso traen las alforjas llenas de provisiones, siempre *se ajustan* sin la comida.

El primer baño no le toman sin grandes recelos, sobresaltos y sérias meditaciones: los chicos lloran y los grandes tiemblan de miedo mucho antes de temblar de frio; pero, al cabo, bien agarrados estos á las cuerdas, y á empellones los muchachos, van entrando todos poco á poco hasta que, despues de acurrucados, les llega el agua al pescuezo. Es decir, que se quedan á la orilla, donde al romper las olas, tras de machacarles los cuerpos como mazos de batan, les hacen sorber la arena á carretadas.

En la misma guisa que salieron del tren, esceptuando el detalle de las alforjas, van al baño y vuelven de él: con la propia capa el hombre, las mujeres con los talegos y la criatura, y el rapaz con los paraguas. La capa para arroparse, el paraguas para quitarse el sol el de los lamparones, y los taleguillos para guardar la ropa del baño.

Catorce de á media hora recetó á cada uno el médico de Bécerril; pero ellos que traen muy contado el tiempo y el dinero, toman dos cada dia, y así despachan en una semana, en media, echándose en remojo una hora por la tarde y cuando no otra por la mañana.

Cuando no están en el baño, ó comiendo, ó durmiendo la clásica siesta, se les halla recorriendo las alturas de la costa, metiendo la cabeza en todas las grutas y rendijas de las pe-

ñas, y preferentemente escarbando los arenales para acopiar *pelegrinas* y *caracolillos*, por cuyas baratijas se perecen.

Antes de volverse á Becerril, ó á Frómista, ó á Amusco, al pueblo, en fin, de Castilla del cual procedan, bajan dos veces á la ciudad: una para verla y comprar á la chica unas arracadas de *cascaritas*, y otra para visitar, *por adentro*, un vapor-correo, y, si le hubiere en el puerto, *un barco de Rey*.

Por lo demás, son los bañistas más metódicos y decididos de cuantos se zambullen en el Cántabro. Ni en los días de más resaca perdonan el remojon. De manera que si tambien en la hidroterapia obra la fé prodigios, estas buenas gentes se vuelven á Becerril tan sanas como corales.

JOSÉ M.^a DE PEREDA.

(Continuará.)

MAÑANAS DE MAYO.

Ya vino Mayo; la temprana aurora,
desde su cuna de dorado fuego,
vertiendo vida en luminosos átomos,
tierna nos manda cariñoso beso.

Ya vino Mayo: juveniles vírgenes,
abandonad el pudoroso lecho:
venid á ver cómo despierta el día;
venid á ver cómo sonríe el cielo.

Venid; las flores, vuestra fiel imagen,
abandonaron ya su casto sueño,
y al ósculo del alba su capullo
con cariñosa gratitud abrieron.

Venid; que ya la perfumada brisa
bate las alas en los dulces pétalos.

y en sus copas de miel fragante néctar
beben ansiosos los alados céfiros.

Venid á oír los celestiales himnos
de dulce amor que el inocente pecho
de los sencillos pájaros entona
al ver á Dios en el brillante cielo.

Venid, poetas; la armoniosa cítara
herid con dulce y melodioso plectro
pintado campo, cristalinos mares,
frondosa selva, celestial gorgéo,
blando murmullo de argentado arroyo,
flébiles auras, misteriosos ecos,
nubes rosadas, nebulosas cimas,
tranquilo valle, perfumado céfiro,
galanas rosas y nevados mirtos,
verdes alfombras, horizonte incierto,
lejano canto de inspirada alondra,
desierta orilla, matinal destello,
cándidos nidos del amor emblema,
vibrantes ramas do suspira el viento,
apasionado arrullo de las tórtolas,
hojas, aromas y capullos tiernos,
sutiles brumas que en el monte duermen,
dorada nube que tachona el cielo,
música, luz, amores, aguas, árboles,
grato, divino, universal concierto,
piden la voz de la inspirada lira,
piden un himno de inmortal acento
que en las sonoras ondas de los aires
lleve el coro de amor que el universo
eleva á Dios cuando el florido Mayo
en delicioso edén trasforma el suelo.
Tañed, tañed la apasionada cítara;
herid sus cuerdas con sonoro plectro;
cantad; que asoma la temprana aurora
envuelta en nubes de dorado fuego.
Cantad, cantad; que en el hojoso bosque
volando gimen los fugaces céfiros,
y abren las flores los fragantes cálices,
y de la luz al matinal destello
tíñense de oro las azules ondas
y en sus espumas juguetea el viento.
Cantad, cantad el despertar del día;
cantad, cantad el sonreír del cielo.
Cantad á Dios, que con el sol de Mayo
manda á la tierra cariñoso beso.

Venid, venid, apasionados vates;
pulsad, pulsad el sonoro plectro:
tiernas plegarias vuestra lira entone,
y en mil raudales de armoniosos écos,
entre el plácido arrullo de las tórtolas,
y entre el suspiro del sonoro viento,
y entre el murmullo de argentado arroyo,
y entre el divino universal concierto,
llegue hasta Dios vuestra inspirada música,
llegue hasta Dios vuestro inmortal acento.

RICARDO OLÁRAN.

SECCION BIOGRAFICA.

FRAY IÑIGO BARREDA.

En el último dictario del monasterio de Oña ordenado por el archivero Fr. Tomás Bamba, ms. que poseemos, se lee á la página 29 la siguiente noticia biográfica: (1)

«El primero de Enero de mil setecientos ochenta y uno, falleció en este monasterio S. Pd. el P. P. Fr. Iñigo Barreda, Predicador general, y real académico de la historia diplomática por S. Mag.^d Siguió la carrera del púlpito con mucho lucimiento, la que concluida, se retiró á esta su casa, donde, sin salir permaneció hasta el ultimo instante de su vida, que acabó á la edad de sesenta y seis años, y cuarenta y ocho de hábito.

» Fué sumamente aplicado al estudio, y dió algunos libros á la prensa, quales son, las Fantasmás de Madrid, El ayo de la nobleza, Puerta franca del cielo, Historia sagrada;

(1) Seguimos en todo el estilo y ortografía del ms. para mayor fidelidad.

» Feyjóo crítico moral, tertulias de la aldea, y otros varios que
» se imprimieron con supuestos nombres.

» Fue asimismo dedicado á la diplomática, y mereció ser
» admitido en el numero de los doctos que componen la
» Academia: pero su principal y extraordinaria havidad, y
» en la que se le puede llamar unico, es el dibuxo, pues hacía
» con su pluma regular y tinta de china sin otro instrumento
» alguno, fuera del compas y de la regla, los mas vellos, su-
» tiles y delicados retratos, efigies, y escenas que hasta ahora
» ha descubierto el mas pulido buril, para cuyo exemplar se
» conserban un retrato de cuerpo entero de nuestro Rey y Se-
» ñor Don Carlos tercero, el del Rey D. Fernando sexto, y la
» reyna D.^a Bárbara,, estos se perdieron en la epoca de la
» guerra de la independencía,, una efigie de N. P. San Iñigo,
» en la que se retrató á si mismo perfectisimamente, que se
» conserva en la camara, un santísimo Christo de letra me-
» nudisima, con las efigies de Maria santísima dolorida, San
» Juan, y la Magdalena al pie de la cruz, conteniendose en el
» divino Señor las tres pasiones segun S. Mateo, S. Marcos,
» y S. Lucas, y además el salmo miserere; en nuestra Señora,
» el Ave Maria; los salmos, Venite exultemus; Dne Domi-
» nus; Coeli enarrant; y todos los salmos del oficio parvo,
» con el Deus Deus: en San Juan, la pasion segun el mismo,
» el te Deum, y los salmos Qui habitat; expectans expectavi;
» Deus eripe; Dne: y en la Magdalena, los salmos, Ad dnum;
» Levavi, Lætatus sum, Ad te Dne; y los siete penitenciales.
» Esta admirable obra, la ha custodiado, el que esto escribe,
» en las dos epocas revolucionarias, y en la constitucional se
» la quisieron robar para nuestra catolica reyna, y en la en-
» trada de los franceses le ofrecieron por ella diez y ocho mil
» reales, amén azandole, que si no la daba, á la fuerza se la
» llevarian, pero este se ocultó, no pudieron volver á verle,
» y mucho menos la estampa preciosa y admirable, que en su
» poder aun conserba. (1) Hizo otros muchos retratos de va-
» rios personajes, y diversidad de historias y de figuras que
» con la mayor estimacion conserban varios sugetos, como
» cosa de nunca vista maravilla.

» En el continuo exercicio de estudiar, escribir y dibuxar
» empleaba todo el tiempo que le quedaba libre despues del
» cumplimiento de sus religiosas obligaciones que observava
» inviolablemente con especial edificacion así de los monges
» de este monasterio, como de los demas donde corrió su
» carrera expositiva, á que acompañaba un genio blando, su-
» mamente amable y cariñoso para todo genero de personas,

(1) Hoy está en la cámara abacial. (Nota del ms.)

» de modo que sin la menor violencia se arrastraba las vo-
» luntades de quantos le conocian y trataban, y en esta afa-
» bilidad y mansedumbre permaneció todo el tiempo de su
» enfermedad ultima la que duró mas de un año, y en ella
» misma despues de recibir las santos sacramentos, dio el es-
» píritu al Criador á la una y quarto de la tarde de dichos
» dia, mes y año. Para que se conserbe la memoria de su ad-
» mirable habilidad pondre aqui tanto de un memorial que
» presento al Rey, y el que es como sigue:

« SEÑOR.

» Fr. Iñigo de Barrada, Monge Benedictino del real mo-
» nasterio de Monserrate de Madrid su Predicador en él,
» puesto á RR.^s PP. de V. Mag.^d con la mayor veneracion
» dice, haber tenido el honor de presentar á V. M.^d por mano
» del duque de Abrantes en diez y ocho de Abril del proximo
» pasado una pintura de pluma en la que se representaba la
» huida á Egipto, cuya obra parece mereció su real aproba-
» cion, lo que alentó al suplicante a hacer á V. M.^d un mani-
» fiesto, en que decia, como usaba otro rasgo de pluma mas
» exquisito que el presentado, es á saber en retratos, para
» jugar con ellos todo genero de telas como terciopelos,
» tisues, bordados, brocados; pedrería; encajes, pelucas;
» y miniatura de carnes; imitando la única y especial es-
» cuela del celebre abridor del Rey Cristianísimo el fa-
» moso Alonso Petito, á quien ningun abridor ni plumista se
» ha atrevido hasta ahora imitar, cuyo extraño trabajo ha
» llegado el exponente á conseguir con solo su pluma regu-
» lar y comun, y la tinta de china, dando los mismos fondos,
» relieves, y delicados perfiles, que el referido artifice, con
» admiracion de todos los del arte, como lo demuestra en el
» retrato que tiene V. R. Mag.^d en su poder, como diseño ó
» muestra de lo prometido, ofreciendose aun á mas en cuan-
» tas diversas y curiosas especies de pinturas de buril se han
» inventado, imitandolas con la pluma con especial proligi-
» dad y primor, es á saber.

» 1.^o Se promete en cuanto á lo primero á hacer con la
» pluma qualquiera pintura ó retrato de solo un rasgo cén-
» trico espiral observando sus sombras, fondos, perfiles, cla-
» ros y oscuros sin interponer linea alguna transversal.

» 2.^o Se ofrece á hacer con la pluma como si fuera el mas
» delicado buril, qualquiera imagen, ó retrato girando solo
» las lineas pertenecientes para sus oscuros, y claros sin
» cruzar otra alguna.

» 3.^o Se ofrece á hacer á la pluma qualquiera efigie ó re-

» trato, así desnudo como vestido de miñatura, esto es, á solo punto, sin mezcla alguna de raya, y que los fondos y obscuro sean poco menos fuertes que el mas récio buril.

» 4.º Se promete hacer á la pluma qualesquiera pinturas, por pequeñas y reducidas que sean, para relicarios, y así mismo para brazaletes y anillos.

» 5.º Se promete hacer á la pluma qualquiera efigie así al desnudo como al vestido toda ella á granillo de humo, imitando las vellas estampas de humo que vienen de Alemania y de Francia con los mismos fondos y claros que estas.

» 6.º Se promete hacer á la pluma imagenes cuyas sombras y claros no formen raya alguna, sino que se formen con letras imperceptibles y que solo se puedan ver y leer con microscopio. (1)

» 7.º Se promete hacer á la pluma pinturas ó imagenes que tengan diversos aspectos, mirados por varias partes.

» 8.º Se promete hacer á la pluma todos los estilos de los mas celebres burilistas, imitando las estrañas y esquisitas ropas de Petito, del Glocio, y otros que se singularizan en ellas.

» 9.º Se promete hacer á la pluma todo genero de perspectivas, aunque consten de ocho ó nueve generos, digo términos, hasta hacer el ultimo lexos imperceptible, de manera, que si el buril llega á hacerlo, sea á lo mas que pueda llegar.

» 10.º Se promete hacer á la pluma todo genero de paisajes, arboledas, cazerias, ruinas, marinas, etc., imitando á á los que mas se han singularizado en esta clase.

» 11.º Se promete hacer á la pluma qualquiera abanico por estraño y exquisito que sea, ya sea de miñatura, ó ya de pincel tirado, de manera que no le diferencie sino el color.

» 12.º Se promete hacer á la pluma quantos caracteres se le presenten, así pintados, como gravados, por delicadismos que sean, y toda diversidad de letras y rasgos segun el uso y costumbre de todas las naciones.

» 13.º Se promete hacer á la pluma todo genero de abiertos, cuanto haga, y ha inventado el buril, como tambien otras muchas cosas curiosas que deja de expresar, como floreros, bodegones, hosterias, y toda especie de animales así terrestres, como marinos.

» 14.º Finalmente se ofrece Señor á hacer á V. R. M.^d en

(1) "De esta letra es el santísimo Christo de que al principio se hace mención y el que conserbo en mi poder. Le di á la camara abacial donde se conserva."

» el termino de dos ó tres años un gavinete cumplido de toda
» esta variedad y manexo de pluma, que sea el mas exquisi-
» to, vario y singular que se haya visto. Si como

» Suplica á V. R. M.^d con el mayor rendimiento en caso de
» ser de su real agrado, etc.»

Esto es cuanto de la vida, virtudes, obras y habilidades del P. Barreda nos dice el ms. citado. Si algun curioso poseyera otras, en especial de las relativas al dia y lugar de su nacimiento, nombres de sus padres, etc., así como al actual paradero de sus trabajos de pluma, ó conociera alguna de las obras literarias que con supuestos nombres dió á la estampa, segun afirma su biógrafo, nos haria servicio no pequeño en comunicárnoslas, por lo que pudieran contribuir al esclarecimiento y ampliacion de las sucintas indicaciones transcritas.

P. 14.—Deseamos sobre todo averiguar la pátria de varon en su tiempo tan señalado.

Su apellido le anuncia montañés, pues el solar de los Barredas radica, como es sabido, en Santillana de la Mar, cabeza de las Asturias de su nombre. De comprobarse que nació en nuestra provincia el benedictino en cuestion, estamos seguros de que no faltaria entre nuestros paisanos quien nos diera á conocer con imparcialidad y sana crítica el mérito, mayor ó menor, de tales trabajos, colocando á su autor en el lugar que le corresponda entre los escritores montañeses.

P. 15.—Y ya que de Barredas hablamos, no dejaremos la pluma sin preguntar: ¿Era montañés D. Josef Domingo de Barreda, Profesor de Matemáticas en la Real Academia de Santo Tomás de Sevilla, y autor de un no despreciable tratado de Geometría Práctica, que ms. obra en nuestro poder?

E. P.

DESCONSUELO.

Era el mundo un hermoso paraíso
para mí de delicias inefables,
risueño como el sol de la mañana,
trasparente y ligero como el aire.
Ensueños de placer me sonreían,
respiraban amores mis cantares,
brillaba ante mis ojos la esperanza,
¡tenía madre!!

Hoy el mundo desierto y enlutado
sólo me ofrece en su recinto cárcel,
y el corazón de penas oprimido
en lágrimas acerbas se deshace.
Ni luz, ni ambiente, ni aire, ni armonías
existen ya que mi dolor apaguen;
¡es que falta la vida de mi vida!
¡No tengo madre!!

JOSÉ ESTRANÍ.

EL AVERIGUADOR DE CANTABRIA.

16. ¿El calvinista Antonio del Corro, fué natural de San Vicente de la Barquera?

M.

17. En los índices espurgatorios del Santo Oficio, aparece prohibida una comedia titulada *La Sancta*, impresa en Venecia, en el siglo XVI. ¿Será errata en vez de *La Lozana Andaluza*, obra de Francisco Delicado?

M.

18. ¿En qué tiempo se halla mencionada por vez primera la costumbre de *La Robla*, descrita por el Sr. Pereda en uno de sus más bellos cuadros de costumbres?

E. P. S.

19. ¿Sabe álguien el paradero del ms. titulado *Memorias á Santander y espresiones á Cantábría*, por Fr. Ignacio de Bóo Hanero?

M. DE C.-M.

20. ¿En cuál de sus composiciones mostró Boileau verdadero talento satírico? ¿Hay alguna razon para calificarle de poeta?

P.

21. ¿Quién es el autor de una traduccion de la Poética de Horacio en menos sílabas que el original, dos veces impresa como anónima?

T.

22. ¿Qué fruto saca la humanidad de las investigaciones de algunos cervantistás, intérpretes del sentido *esotérico* ú oculto del *Quijote*?

P.

Contestacion á la pregunta 4.*

Bárcena es lo mismo que *bardal*, ó, en desinencia latina, *Bardánea*; en cuya acepcion, apenas variando la palabra, ó acento, se llama la *Bárdena* y las *Bárdenas* á unos montes bajos ó *bardales* muy dilatados entre Navarra y Aragon. En nuestra provincia se usa la voz radical *barda*, aplicada á los montones de leña para quemar. En el diccionario de la lengua y en otras provincias se aplica al conjunto de ramaje que se pone sobre las tápias de tierra, para resguardarlas del sol y la lluvia; llamándose también *bardales* á los setos de ramaje.

Tal vez es palabra que nos vino del Norte, donde *bard*, en sueco, significa lo mismo que en francés *barde* y entre nosotros *barda*. Por analogía de forma se dió el mismo nombre á ciertas armaduras de hombres y cabállos.

A. R. R.

SECCION BIBLIOGRÁFICA.

HIJOS ILUSTRES DE LA PROVINCIA DE SANTANDER.—El P. RÁVAGO.—*Estudio biográfico*, por D. Enrique de Leguina.—Madrid, Fortanet, 1876.

Encómios merece sin tasa la diligencia con que el Sr. Leguina procura ilustrar la historia de esta comarca, no obstante haber nacido léjos de su suelo. Así ha debido comprenderlo el público, agotando en breve tiempo el primer volumen de sus *Hijos ilustres* de Santander. A tal benevolencia corresponde nuestro *cronista* dando á la estampa hoy la biografía del P. Rávago, el montañés á quien más altos servicios debe su tierra natal. Su trabajo es curioso é incluye, así en el texto como en las notas, documentos inéditos de alguna importancia. Sentimos, no obstante, que las dimensiones de su opúsculo hayan impedido al erudito investigador darnos cabal idea del personaje historiado, considerándole ya como teólogo, ya como escritor de filosofía. De los escritos de Rávago nos dá el Sr. Leguina muy escasa noticia que no basta á satisfacer la curiosidad bibliográfica, segun entendemos. Hoy que la historia de la filosofía se cultiva con tanto ardor y entusiasmo, estaría muy en su punto una exposicion y un juicio siquiera breve de las doctrinas científicas de Rávago, su encadenamiento sistemático, enlace con las de pensadores antecedentes, etc. Es más de reparar esta falta en el muy apreciable libro á que nos referimos, porque en él se intercalan largas ilustraciones genealógicas, ménos importantes, en nuestra opinion.

La ejecucion material de este tomo es esmeradísima, y en nada inferior á la del primero. Entrambos son muy lindos, y merecen figurar en la biblioteca de todo montañés amante de su patria.

M. M. P.

MEMORIA sobre la explotación y beneficio de los minerales plomizos del monte de Dobra, en las inmediaciones de Torrelavega, por D. JOSÉ GONZALEZ LASALA.—Un folleto.—1876.—Santander, Imprenta de S. Atienza.

El trabajo que bajo el epígrafe que antecede acaba de ver la luz pública, es, como todos los de su autor, digno de ser estudiado no tan solo por los mineros é industriales, sino tambien por todas aquellas personas que, más ó ménos directamente, se dedican á esta clase de conocimientos. Aparte de la gran copia de datos que el Sr. Gonzalez Lasala aduce en su memoria, para demostrar lo conveniente que seria la explotación de los minerales plomizos de Dobra así como su beneficio, apunta algunas ideas, estableciendo la identidad de formacion entre esta pequeña cordillera y la de Picos de Europa, en nuestro sentir, tan atinadas, que bien podemos considerarla como su descripcion geológica compendiada.

Contribuye á dar mayor realce al trabajo del Sr. Lasala, el plano topográfico que le acompaña, obra de los Sres. D. Félix Sanchez Blanco y D. Javier Gonzalez Riancho, en el cual no sabemos qué admirar más, si su exactitud ó la prolijidad que ha presidido á su ejecucion.

J. E.

LA AMARGURA DEL PLACER, *drama en tres actos y en verso*, original de D. TOMÁS FERNANDEZ DE CASTRO.—Santander.—1876.—Imprenta de Solinis y Cimiano.

Con gusto é interés hemos leído este apreciable ensayo de un jóven poeta oriundo de nuestra provincia.

Aparte de ciertos defectos en la disposicion de la fábula, muestra en él su autor aventajadas dotes, sobre todo de versificador fácil y galano. Desearíamos ver en escena este drama antes de terminarse en nuestro coliseo la presente temporada.

ADVERTENCIA.

Al comienzo del 2.^o soneto de la página 39 añádase *continuacion*, y al principio del 3.^o *conclusion*, por formar en rigor una composicion sola.

Obras que se hallan de venta en la Administracion de

LA TERTULIA.

La novela entre los latinos, tesis doctoral de D. Marcelino Menendez y Pelayo.—Santander. 1875.—Precio, 6 rs.

Estudios críticos sobre escritores montañeses. 4.º Trueba y Cosío, por D. Marcelino Menendez y Pelayo. — Santander, 1876.—Precio 12 rs.

Escenas montañesas —Coleccion de bosquejos de costumbres, por D. José María de Pereda.—Madrid, 1864.

Tipos y paisajes.—Segunda série de *Escenas Montañesas*, por D. José María de Pereda. Madrid. 1871.

Costas y Montañas.—Libro de un caminante, por Juan García —Madrid, 1871.

En la playa (acuarelas). *Marina*.—*Un cuento viejo*.—*Bromas y Veras*.—*A flor de agua*. — *La Luciérnaga*, por Juan García.—Madrid, 1873.

Del Manzanares al Darro.—(Relacion de viajes), por Juan García.

Del Ebro al Tiber.—Recuerdos, por Juan García,

Hijos ilustres de la provincia de Santander.—Estudios biográficos, por D. Enrique Leguina.--Un tomo, Madrid, 1875.

Obras de D. Benito Perez Galdós.

EPISODIOS NACIONALES.

Trafalgar (2.ª edicion).

La corte de Carlos IV (2.ª edicion).

El 19 de Marzo y el 2 de Mayo (2.ª edicion).

Bailén (2.ª edicion).

Napoleon en Chamartin.

Zaragoza (2.ª edicion).

Gerona.

Cádiz.

Juan Martin el Empecinado.

La batalla de los Arapiles.

El equipaje del rey José.

Memorias de un cortesano de 1815.

La segunda casaca.

El Grande Oriente.

En preparacion.

7 de Julio.

Los cien mil hijos de San Luis.

El terror de 1824.

Un voluntario realista.

Los apostólicos.

Un faccioso más y algunos frailes menos.

Precio de cada tomo, dos pesetas en toda España.

LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉPOCA.

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Se publica en Santander los días 1.^o y 15 de cada mes, en entregas de 32 páginas, de esmerada impresión.

Precio 4 rs. al mes, tanto en Santander como fuera, franco de porte.

Se suscribe en su Administración, calle del Arcillero, número 4, piso 1.^o

LA TERTULIA.

(PRIMERA ÉPOCA.)

COLECCION

de artículos humorísticos, pensamientos poéticos, charadas, enigma-charadas, dobles enigmas, acertijos, logrogrifos, rompe-cabezas y otros escesos,

POR

VARIOS INGENIOS MONTAÑESES.

Forma un tomo en 8.^o de 404 páginas de esmerada impresión.

Su precio 20 rs., y 12 rs. para los suscritores en Santander y 15 fuera, franco de porte certificado.

Los pedidos, al Administrador de **La Tertulia**, Arcillero, 4, principal.